

realizadas por algunos hombres, por una minoría de individualidades. La masa indolente ha pasado de una situación á otra de mala gana, sin haber hecho nada. Ha aceptado los hechos consumados por la fuerza, y con predisposición de apoyar mejor á la reacción, si es briosa. Y ello explica esas reacciones fáciles que se operan tras revoluciones al parecer bien consolidadas: los viejos privilegios y la masa forman una fuerza capaz de derribar la revolución triunfante; pero también las revoluciones crean intereses y despiertan á muchos, y un segundo movimiento es decisivo para los liberales y aplastador para los reaccionarios, cumpliéndose la ley del progreso.

Estas enseñanzas de la historia no son para olvidadas. Deben meditar en ellas cuantos no se avienen con la pasividad del esclavo, y aspiran á que la emancipación humana sea un hecho.

Además, debe tenerse bien en cuenta que en la idea reside toda la fuerza. Es el cerebro el factor decisivo. La fuerza material nunca ha sido nada ante la idea. Convenced á las gentes, y no habrá poder capaz de dominarlas. Pues si la idea es la fuerza suprema, propaguemos incesantemente y el triunfo coronará nuestros esfuerzos. Por lo demás, no está tan lejano el gran día. La evolución se efectúa, á pesar de todos los obstáculos; la decide el progreso; la impone la necesidad y la historia; la tiene resuelta la Ciencia. Si el progreso es una ley natural, como los hechos lo demuestran; si es cierto, como lo es, que ninguna revolución se pierde—pues toda reacción es transitoria y efímera—debe cumplirse la aspiración consagrada por la gran epopeya del 93, y no puede aceptarse el siglo que fenece más que por el siglo de transición y preparación para la más ó menos próxima efectividad de aquella aspiración. Todos los grandes cambios sociales han necesitado gran número de años para solidarse; y un siglo es en el tiempo apenas un segundo.

Abarcando el conjunto de los hechos sociales, se observa que la marcha progresiva de la humanidad presenta esas

ondulaciones obligadas por la constante lucha de lo existente con el porvenir, de lo viejo con lo nuevo, acabando por triunfar lo nuevo, precisamente porque lo viejo tiene en su contra la experiencia, la realidad, y no puede ocultar sus defectos, y lo nuevo es siempre inmaculado hasta su practicidad, pero con la ventaja de reunir la enseñanza del pasado con la aspiración á la, perfectibilidad. En ello está el éxito y la característica del progreso. Por eso triunfa, aun con relativas pocas fuerzas, de las formidables enemigas que tan desesperadamente se le oponen. Por esto, ni la argucia de las clases privilegiadas, ni todo el poder militar, ni la ignorancia de las masas, podrán impedir que, como siempre, una minoría de individualidades, compuesta de lo más sano y de lo más inteligente de la sociedad, logre vencer al coloso reaccionario.

Si del conjunto histórico descendemos á la particularización de un determinado período, olvidando las leyes sociológicas, interesados todos en las peripecias de la continua lucha, que en cierto modo nos impide pensar en el pasado y vislumbrar el porvenir, la vacilación, la incertidumbre, el constante variar de táctica y de medios, las impacencias de unos, las exageraciones de otros, todo ello parece como que se ha perdido la brújula y que la más grande insensatez se ha apoderado de los hombres; y, sin embargo, todo ello es natural y fructífero; pues así como el constante movimiento produce las bellas formas y sorprendentes efectos de la Naturaleza, de la misma manera en la sociedad humana esa especie de torbellino de voluntades que se agita incesantemente prepara los entendimientos para la nueva evolución y determina al fin la reunión de los elementos, la buena inteligencia de esas minorías valiosas suficientemente aptas para interesar á su causa á una parte de la masa bastante á contrarrestar las fuerzas contrarias y vencerlas é implantar el nuevo orden de cosas que constituye la aspiración de los amantes del progreso.